

## PEDIÁTRICA.

La congestión cerebral de los niños curada exclusivamente por las corrientes eléctricas inducidas

Lectura reglamentaria hecha por el socio correspondiente que suscribe ante la Academia N. de Medicina el 1° de Junio del presente año.

**U**ANDO la muerte corta la existencia de aquellos seres que se hallan en la declinación de la vida y de aquellos sobre todo que han honrado su patria, su nombre ó su familia y que han hecho todo el bien deseado; un clamor doloroso se levanta disminuído en intensidad, debido al acatamiento, á la inquebrantable ley de la naturaleza. Pero cuando la muerte interrumpe intempestivamente la vida de un ser pequeño, de un inocente que forma el conjunto armonioso de una familia y que no sabemos á qué estará destinado, nada es comparable á la amargura de los que le pierden.

El médico, que relacionado por instinto, por un especial fanatismo, más con estos últimos que con aquellos, no acierta á darse cuenta de por qué no obstante su consagración á las enfermedades, ha de verse á cada paso cohibido para salvar la vida de los seres que comienzan la espinosa senda que él va recorriendo.

Este afán ha llevado á muchos al estudio de las enfermedades de los niños, ramo tan poco cultivado y que ofrece dificultades de más de un género, y así nos explicamos que la mayor parte de los tratados de patología de la infancia contengan en lo general principios terapéuticos que son más bien la expresión de un empirismo rutinario, que la aplicación de una medicina racional (muy particularmente en lo que toca á la dosificación de los medicamentos) y á esa especie de sugestión, á que suele obedecerse á veces para el tratamiento de las enfermedades de la infancia, que en muchas ocasiones no nos sugiere el estudio, ni la meditación, ni la experiencia, sino el vehementísimo deseo de salvar la vida de un ser pequeño. No de otra manera se han sucedido una tras otra las deducciones en la ciencia, y tal es, si no me equivoco, el caso que nos ocupa.

\* \* \*

Ningún arte es tan antiguo como el curar; yo creo que nació con el sufrimiento del primer hombre, es decir, con el hombre mismo; los documentos más antiguos nos muestran á los enfermos expuestos en la vía pública recibiendo los consejos de todo el que pasaba y que no eran más que el resultado de la experiencia individual. Estos conocimientos se propagaron por la tradición, hasta el momento en que la medicina se encontró en manos de los reyes ó de los sacerdotes.

Durante mucho tiempo la medicina fué ejercida por los sacerdotes, y las enfermedades eran consideradas como signo de la venganza de los dioses. Estas opiniones no podían permanecer estacionarias; fué en Grecia donde Esculapio era por ese tiempo considerado como el dios de la medicina: inmediatamente después de esa época, surgió la primera escuela llamada de los Asclépiades, hasta Hipócrates, nacido el año 460 antes de Jesucristo, y muerto á la edad de noventa ó cien años; sobre esto último no hay precisión ni nos interesa para la rápida ojeada histórica de los descubrimientos médicos con que hemos querido preludiar nuestro trabajo, á trueque de poner á prueba la benevolencia de quienes se dignan escucharnos.

Hipócrates fundó una ciencia que recibió de Galeno (nacido el año 128 era del cristianismo) mucho impulso; aunque á decir verdad, impulso poco feliz. La decadencia del imperio romano hizo que la medicina saliera de las manos hábiles que la manejaban, y fuera á parar en las de los mágicos y charlatanes que la hicieron retroceder á la época de Hipócrates. Pero la medicina que no estaba estancada sino extendida ya por todo el mundo, mientras que en Europa perdía terreno, lo ganaba y mucho entre los árabes, que muy civilizados desde entonces, habían recogido de los últimos romanos del bajo Imperio y guardado cuidadosamente, las obras de Galeno que dieron á luz en Europa después de la toma de Constantinopla, nada menos que en el momento del renacimiento de las ciencias y de las letras. Entonces aparecieron las obras de Hipócrates y Galeno, que fueron el motivo de la grandeza de Aviceno, médico árabe, cuyo nombre se dió seguramente á una planta con que él curaba y que se conoce con el nombre de *avisimia*, hasta que Paracelso demostró la importancia del estudio de la química y enseñó á los médicos á observar por sí mismos y á no obedecer ciegamente las opiniones de sus maestros. Des-

de entonces puede decirse que comenzaron los grandes descubrimientos, que con el espíritu analítico é investigador de algunos, aplicado á las ciencias por Descartes, determinaron una era de progreso verdadero, y el siglo XVIII, terminado por la revolución francesa, cuyos execrables excesos costaron la vida á Lavoisier, completó la emancipación intelectual é hizo estallar la poderosa actividad de las ciencias y de las artes, y partiendo de esa época, la medicina no descansa ni se estaciona ni rechaza innovaciones por sistema, procede como una ciencia verdadera aceptando descubrimientos, teorías, métodos, etc.; pero no á ciegas, sino después de haberlas hecho pasar por el crisol de la discusión y la experiencia.

No es la medicina un arte aislado, ni una ciencia aislada, sino una ciencia que dirige la práctica y que se ve enriquecida incesantemente por aquel. El médico que va á tratar á un enfermo, aborda el tratamiento teniendo en cuenta opiniones ya formadas sobre la afección que observa y sobre el valor que debe dar á los síntomas que la componen, necesita para esto el apoyo de todas las ciencias naturales, que dicho sea de paso, podemos suponer que todas ó la mayor parte han surgido de la medicina.

Cuando se vió atacado por las diversas enfermedades que afligen á la especie humana, el hombre buscó las influencias que pudieran causarlas y aun evitarlas.

Cuando se vió una misma enfermedad aparecer en idénticas circunstancias, se consideraron estas últimas como causales de esta afección.

Cuando se vieron enfermedades que se terminaban por la producción de fenómenos derivados de las mismas, como un vómito, una hemorragia, una diarrea, los espíritus observadores procuraron artificialmente provocar aquellos fenómenos venidos naturalmente. La casualidad reveló las propiedades de tal ó cual sustancia y la posibilidad de ciertas operaciones.

A los envenenamientos por la belladona y la digital se debe el conocimiento de las propiedades de estas plantas, como se debe y deberá por el mismo medio, convenientemente reglamentado, y por la fisiología experimental, el conocimiento de la ya muy larga colección de sustancias vegetales y animales. A una herida, una caída, una erosión, que dividió sin serio inconveniente una parte del cuerpo, se debió el verificar más tarde con el bisturí lo que la casualidad había demostrado. Estas bases más ó menos deleznable, pero perfectamente filosóficas, fundaron los preceptos transmitidos por los Asclépiades. Pero los hombres consagrados á la curación de los enfermos, no conformes con saber las influencias que causaban las enfermedades, quisieron observar más íntimamente los diversos agen-

tes que se conjugaban para constituir las, entonces surgió la física, se estudiaron el aire, el agua, la tierra y todas las fuerzas que rigen á la materia y de las que necesita el médico, como lo vamos á demostrar.

El médico no puede ignorar las propiedades diversas del calor y del frío: necesita saberlas para deducir de ellas causas de enfermedad. Debe conocer las leyes de la pesantez, que le explicarán el porqué de muchas enfermedades del sistema venoso, por ejemplo. Conocer ciertos puntos de la historia fisiológica de la circulación si tiene siquiera nociones de la elasticidad considerada como propiedad física, así como de las leyes fundamentales de la hidráulica. La visión hace indispensable para él, el conocimiento de las leyes de la óptica, y no terminaríamos esta enumeración, que es de todos apreciada y conocida sin antes permitirnos recordar que con la aplicación de este género de conocimientos asombró al mundo el inmortal Laenec por el admirable descubrimiento de la auscultación que nos ha conducido hasta la plesimetría. En fin, la electricidad, no debía ser desconocida por el médico, puesto que desempeña hoy un papel importante en el mundo, por su utilísimo empleo en el tratamiento de muchas enfermedades.

La introducción de la electricidad en la terapéutica, data de mediados del siglo pasado. Al principio de éste se empleaba exclusivamente la electricidad estática en forma de descargas ó baños eléctricos, para tratar multitud de afecciones nerviosas. La electricidad dinámica vino á reemplazar á aquella después de acrisolados los descubrimientos de Galvani y de Volta, y sobre todo de Faraday, respecto á las corrientes inducidas: Charcot, Arthuis, Romain y otros muchos, aplicaron la electricidad á veces con éxito asombroso, y desde entonces la electricidad dinámica, ya bajo la forma de corrientes continuas ó inducidas, ha sido la que la terapéutica emplea con éxito en numerosas afecciones de variada naturaleza. Los alcances de este recurso terapéutico cada día son mayores, y de él me voy á ocupar en la exposición de hechos que me parecen de alguna importancia y que referiré tal cual me han impresionado.

Quise consignar á grandes rasgos los fundamentos de la marcha de los progresos médicos hasta la época de la electricidad, pues todavía vemos enriquecerse la ciencia con nuevos descubrimientos, muchos de ellos sugeridos por la casualidad ó por el deseo de utilizar para la salvación de un enfermo hasta el último recurso por absurdo que parezca, con tal de conseguirlo, teniendo, si tal se verifica, un nuevo motivo de meditación y estudio; un nuevo motivo de satisfacción para la conciencia.

**EXPOSICION DE HECHOS.**

Seis aplicaciones, seis éxitos.

Hace cuatro años fuí llamado á prestar asistencia médica al niño Agustín Sánchez Antuñano, originario de Puebla, de cuatro años de edad, de temperamento linfático, color pálido, delgado de carnes y que había sido enfermizo, particularmente dispéptico, durante sus primeros años; había tomado algún alimento notoriamente indigesto á las cinco de la tarde y á las ocho de la noche, estallaba en él una congestión cerebral cuyo cuadro sintomatológico es de todos conocido. La familia había puesto en práctica recursos que no por ser muy conocidos del vulgo, dejan de formar parte del tratamiento clásico de la enfermedad; había administrado lavativas, vomitivos: había puesto los pies en agua tan caliente (debido al natural apresuramiento con que se verifican estos actos) que los pies del niño estaban desollados. Así lo encontré, sin darse cuenta de lo que le pasaba, con la cavidad abdominal plena, pues al motivo de la indigestión se agregaban el vomitivo por una parte y la lavativa por otra que permanecían ocupando las vías digestivas. Principiaban las convulsiones y la sensibilidad estaba casi perdida. Reforcé el bien indicado sistema de curación observado por la familia, agregando: sinapismos en todos los miembros, titilando la úvula con plumas, aplicando lavativas fuertemente purgantes y haciendo en suma cuanto está mandado en estos casos. Pero nada conseguía y la enfermedad ganaba terreno; las convulsiones comprometían el acto de la respiración; la cara se hacía vultuosa, los labios se amorataban y el niño se moría; me ligaban, como me ligan hasta la fecha con la familia, lazos de amistad antigua y sincera, y no queriendo que el niño sucumbiera sin hacer un esfuerzo último, aunque fuera tan sólo para tranquilizar mi conciencia, pensé en el aparato de inducción de Gaiffe, y una vez preparado y puesto á funcionar, procedí á hacer aplicaciones sobre toda la superficie del cuerpo, sin más dirección científica, sin más, que el deseo de despertar la sensibilidad perdida desde hacía buen rato. Llevaba los conductores en cuantos sentidos podía, volvía al niño boca abajo, lo traía al decúbito dorsal, lo ponía de uno y otro lado, siempre pasando corrientes sobre el que me quedaba superior, sin notar nada que me indicara que el niño se daba cuenta de lo que debía darse; después de media hora advertí que se despertaba en parte la sensibilidad. Los músculos, que al principio carecían de la más ligera contracción, comenzaban á impresionarse; la corriente era intensa;

pero en vista de este resultado que no sabía á dónde me condujera, extraje casi todo el cilindro regulador y continué con más ahinco. De súbito comienza el niño á retorcerse, y yo, ciego por el deseo de salvarlo y sin hacer el menor comentario científico, insistí é insistí, sin conseguir más que poner en acción cuantos músculos tocaba: un momento más, y el niño comenzó á gritar desaforadamente, la enorme ventosa pulmonar, produjo la palidez de los labios y de la cara abatió el diafragma, contrajo las paredes del vientre y determinó el vómito y evacuación casi simultáneas. El niño estaba salvado. Yo estaba sorprendido, y apenas si el contento, la estupefacción, me dejaban pretender siquiera darme cuenta de la manera de obrar de la electricidad. El niño no sufrió más de su cerebro, vive aún, es muy inteligente y se conserva sano.

### SEGUNDO CASO.

Seis meses después fuí llamado á la una a. m. del 17 de Julio de 1889, para ver al niño José de la Luz Gómez, de dos años de edad, buena constitución y temperamento; sano de antecedentes. Había comido el día anterior dos higos procedentes de un árbol que existe en su casa, y del cual tomaron el fruto sus hermanitos, convidándole dos de ellos. Al saberlo la madre procedió á administrarle un purgante; pero ya fuese en pequeña dosis ó que sucediese lo que constantemente se ve en los niños, que á veces dos ó tres purgantes no bastan para desalojar cualquier producto extraño á la necesidad de su alimentación, lo cierto es que treinta y cuatro horas después y á la una de la tarde, inmediatamente después de tomar una taza grande de arroz con leche que acostumbraba y que tomaba con gusto, se recostó contra el pecho de su madre en cuyo regazo estaba. Tan desusado era esto para ella, que en el acto lo notó y quiso hablarle, cuando menos para disipar una de esas dudas que tanto afligen el corazón de una madre. Inútil esfuerzo; el niño no respondió al ardiente reclamo de la madre, quien horrorizada, y comprendiendo desde luego con ese instinto que Dios ha dado á las buenas madres que aquello no era otra cosa que *los higos* (palabras textuales) mandó un emisario en solicitud mía. El cuadro que encontré fué el mismo que espantó á la madre y que yo ratifiqué por los signos conocidos. El niño era presa de congestión cerebral. Después de un éxito como el obtenido en la primera observación, natural era suponer que por ahí debía comenzar; no fué así sin embargo,

y protesto que no lo hice con mira intencionada: es que lo singular de aquel caso, mis muchas ocupaciones, y la duda que tenía de que aquello hubiese sido mera coincidencia, apenas si me indujeron no ya al estudio (y seré tan franco como lo he sido) ni al recuerdo de tal. Pero aun en el caso de haberlo meditado suficientemente, siempre habría comenzado por el que llamaremos todavía tratamiento clásico, para que en el caso no remoto de no tener resultado procediera á las aplicaciones de la electricidad y ratificara ó no lo que tenía observado.

Así fué en efecto; pero sin premeditación. Además de cuanto se hizo con el anterior, se flageló á este niño, se pusieron sinapismos por todo el cuerpo, y cuando ya veía yo extinguirse por completo la sensibilidad y parecía inminente la asfixia, dispuse el aparato y procedí casi como al principio, con solo la diferencia, de hacer la aplicación de las corrientes un tanto metódicas (si método cabía en hacer algo que no se ha estudiado) después de media hora de angustia indecible para la madre, y de fatiga y de cansancio para mí, el niño comenzó á gritar desahoradamente, á quitarse con sus manecitas los conductores, á respirar ampliamente, á descolorarse, á vivir, en suma, siendo de notarse, como en el otro caso, que apenas verificadas las primeras inspiraciones, el niño evacuó abundantemente. El niño estaba salvado, vive aún, bueno y sano, y no tiene ni ha tenido propensión á las congestiones después de aquella que pudo matarlo como á tantos niños mata y ha matado esta terrible enfermedad.

### TERCER CASO.

No concluía aún de atender al niño á que me contraigo en mi observación anterior, cuando fuí solicitado la noche del 6 de Octubre de 1889, y con notoria urgencia, para atender á una niña á la que le había dado un ataque; muy cerca de mi habitación estaba la enfermita, y no tardé mucho en tomar nota de lo que acontecía. La niña María Morán, de un año y un mes, de buena constitución, tamaño y condiciones, habíase pretendido destetarla ese mismo día con leche de vaca, y al efecto se le había dado una taza en la mañana y otra en la tarde á las cuatro; después de estos dos nuevos alimentos nada extraordinario se había notado en ella; durmió de seis á ocho y á esa hora se le propinó otra taza del mismo líquido. A las diez y media de la noche la niña tuvo náuseas, mucho malestar general, calentura en seguida, postración y algunas convulsiones. Sin esfuerzo se adivina que la niña había sufrido una indigestión y la conges-

tión cerebral consecutiva; así al menos lo ratificaron dos médicos que la trataban y quienes habían agotado los recursos conocidos que hemos llamado clásicos sin conseguir mejoría ninguna. Eran las doce y media de la noche; la madre tenía á su hija en el regazo, me acerqué á ambas, interrogando á la primera si había antecedentes que se relacionaran en cierta manera con la enfermedad que se trataba de conjurar, y por toda contestación decía la señora, quizá hasta perdiendo la moderación que corresponde á su clase: ¡Señor, que se muere mi hija! Insistía yo, no obstante, en hacer varias preguntas relativas á los antecedentes digestivos ó nerviosos de la niña que me parecían de importancia, y cada vez más airada me respondía de idéntica manera. Poco tenía que inquirir; el cuadro que tenía á la vista delataba el pallecimiento; conocía los antecedentes del momento, pues los había oído relatar por los médicos á que me referí y que se ocupaban á mi llegada en malaxar las paredes del abultado vientre de la niña para ver si así conseguían que evacuara dos lavativas que contenía y que fundadamente esperaban que al ser devueltas el cuadro enfermizo desapareciera; la niña estaba en el decúbito dorsal, notoriamente violada toda la cara, particularmente los labios, y con convulsiones más ó menos enérgicas hacia el lado derecho; todos los demás síntomas, los que caracterizan una congestión cerebral. En vista de esto, y cuando ya no había que hacer, y con la confianza adquirida (más ó menos razonada) en la aplicación de la electricidad inducida, á ella procedí sin más espera que la necesaria para que trajeran el aparato de Gaiffe. Dispuesto éste hice desnudar á la niña, la mojé con agua tibia cargada de cloruro de sodio y procedí con algún método (si así puede llamarse) á hacer corrientes descendentes colocando uno de los polos en la región medular cervical y siguiendo con el otro la dirección de los espacios intercostales de uno y otro lado y con la mayor violencia posible. Algo parecía apercibirse la enfermita, pero después de quince minutos en nada conseguía disminuir los síntomas; volví á la niña al decúbito dorsal, y haciendo pases con los dos conductores á los lados del tórax y descendiendo así hasta el vientre, adonde le hacía aplicaciones múltiples, logré que además de que la niña se apercibiera mejor, supuesto que con la manecita izquierda quizá instintivamente pretendía quitarse uno de los conductores, oír ruidos intestinales que mucho prometían. Insistí en mi demanda, y después de veinticinco minutos de aplicación de las corrientes la niña gritaba y evacuaba abundantemente. La niña se había salvado, nada quedaba que hacer: prescribí un poco de bromuro de potasio para suprimir los sobresaltos de la en-

fermita, que aunque no tenían gran significación, asustaban como era natural á sus padres. La niña había sido sana, y lo ha sido hasta esta fecha.

#### CUARTO CASO.

En Diciembre de 1889 asistí de escarlatina maligna al niño Salvador Miranda. No me detendré en describir esta enfermedad, que en el caso bien lo merecía á pesar de ser tan común, pues trajo consigo casi todas las complicaciones que ponen en peligro serio la vida de un niño: anasarca extraordinaria, bronquitis, albuminuria muy abundante, etc., etc., accidentes todos que fueron conjurados muy particularmente por los asiduos cuidados y la estricta observancia medicamentosa de una madre ejemplar, la madre de Salvador. No contenta la patología con haberse visto atendida con tal esplendidez por aquel pequeño organismo, la noche del 26 de Enero siguiente, la que correspondía precisamente al día en que yo me despedía después de una larga y delicada curación y convalecencia, Salvador era presa de congestión cerebral á las nueve de la noche. ¿A qué fué debido esto? debemos decirlo. La encargada de disponer el alimento de Salvador, quemó y derramó la leche que debió tomar el niño á las ocho de la noche, y temerosa de la justa reprobación que esto le ocasionara, decidió callar, y al efecto se fué violentamente á comprar leche adonde primero la encontrara. Bastante sabemos todos que á toda hora y en todos los expendios se adultera la leche (muy á pesar de la vigilancia del Consejo Superior de Salubridad); pero mucho más debemos suponerlo á la hora á que esto pasaba. La leche se le dió al niño, y á poco de haberla tomado, la congestión estalló, y como las otras también fué ratificada por algún médico llamado á eso de las nueve de la noche. Los tratamientos aceptados por todos é impuestos para el caso por el referido médico no dieron ningún resultado y la enfermedad recorría á gran prisa sus períodos hasta comprometer seriamente la vida del niño; *el médico se había retirado*, y el padre del niño, presa de angustia indecible, salió en busca de aquel que había asistido á su hijo en su larga y aguda enfermedad. Encontréme á las once de la noche y refiriendo con minuciosos detalles lo que ocurría con su hijo, ya no vacilé en pensar cuál tratamiento debía imponerle; fuí á mi habitación, tomé la máquina de Gaiffe y nos dirigimos ambos á su casa. El cuadro que tenía yo á la vista, ya designado por el padre del niño, amigo mío muy entendido, era el mismo que ya había presenciado en los casos anteriores: decúbito dorsal, insensibilidad abso-

luta, pupilas contraídas, relajación general, con alternativas de convulsión del miembro superior derecho y músculos del cuello del mismo lado y aun de la cara, comprendiendo en éstos los del globo del ojo del mismo lado, calor á 39.5, vientre muy elevado, timpánico, pulso frecuente: tenía dos lavativas purgantes guardadas en los intestinos y sus labios comenzaban á violarse. Antes de proceder á la aplicación de las corrientes inducidas, le apliqué un baño moderadamente caliente y fuertemente sinapizado, sin obtener después de él ventaja apreciable. Entonces comencé á trabajar con la máquina, estableciendo el orden de que ya he hablado, y con una tercera parte de la intensidad de la corriente. Trascurrió media hora y nada obtuve; aumenté la intensidad y tampoco; refaccio los elementos con mayor cantidad de bisulfato de mercurio y continúo la faena sin obtener trascurridos tres cuartos de hora, nada, absolutamente nada. Desesperado por este mal resultado con que no contaba, todavía más, desilusionado por el recurso que tan bien me había servido, y creyendo que dependería de la mala calidad del bisulfato que fué preparado en una botica de mediano crédito y á esa hora, mando buscar bisulfato en otra farmacia más acreditada, preparo la máquina, extraigo todo el cilindro y comienzo ya á hacer aplicaciones desesperadas por todo el cuerpo; hasta por la cara (con la debida moderación) llevaba los conductores. ¿Cuál sería mi sorpresa cuando el niño comenzó á llevar la mano así como presa de movimientos convulsivos, á los lugares tocados por el conductor? Olvidéme entonces del cansancio que durante tres horas me había embargado ya, y seguí y seguí; era un lobo sobre su presa; á medida que yo aceleraba los contactos, el niño aceleraba sus movimientos y llegó vez en que se retorció en su cama recorriendo gran parte de ella, puesto por mí en constante movimiento; pero no hablaba, no gritaba, no respiraba ampliamente, no era lo que yo me proponía. Insistí colocando un conductor sobre la columna vertebral á nivel del epigastrio, y el otro sobre el epigastrio mismo; hice sostener al niño para que no me desviara los conductores de esos lugares, y al cabo de cuatro ó cinco minutos, una irrupción de gases y materias fecales evacuadas por el intestino y un grito desaforado de MAMÁ CHICA, vino á poner fin á accidente tan grave como tan rebelde. Suspéndi en el acto la faena; el niño insistió en sus gritos, la respiración era aritmica, pero se verificaba ampliamente y con ésta los cambios que demanda el estado fisiológico. Eran las tres de la mañana; *Salvador se habia salvado*, ni habia tenido propensión á estos ataques, ni la ha tenido después: se conserva sano desde entonces. La reparación por la electricidad se hizo esperar *más de tres horas de constante aplicación de las corrientes.*

Los otros dos casos que debería describir, se refieren á niños del pueblo; uno que fué asistido en mi gabinete y otro en la calle del Puente del Carmen. No he podido recoger datos sobre ellos, pues al primero no volví á verle más, y del segundo, cuando quise proporcionármelos, ya no lo encontré en su habitación; pero bástame decir que en igualdad de circunstancias, salvó el primero, como en el primero de los casos referidos, y el segundo como en el tercero.

*Son pues, seis las aplicaciones de la electricidad en casos de congestión cerebral de los niños y seis los éxitos; motivo de estudio debe ser.*

Mis ocupaciones y atenciones extraordinarias referentes al cambio de radicación y otras me han impedido estudiar este punto con todo el detenimiento necesario, pero en cambio vengo á proporcionar á mis ilustrados compañeros un motivo más de mostrar su erudición y á encontrar seguramente la explicación de un punto que debe ser suficientemente aclarado en beneficio de las numerosas pequeñas víctimas que diariamente hace la afección de que nos ocupamos y del que ahora tan sólo me limito á exponer algunas opiniones, reservándome el estudio completo para cuando tenga mayor número de casos.

¿Cómo obra la electricidad inducida en el tratamiento de la congestión cerebral de los niños? Cumplo pues con iniciarlo.

Ante todo deberíamos definir si la congestión es causa ó resultado de la eclampsia; pero siendo la índole de este trabajo del orden terapéutico, sólo nos referiremos á aquellos casos en que siendo el carácter anatómico de la eclampsia, la congestión cerebral y no siendo esta congestión más que el resultado de la perversidad del influjo nervioso y de los desórdenes de la respiración y de la circulación, á ésta es necesario atenerse para explicarnos la influencia de la electricidad en el tratamiento de ella.

Multitud de causas independientes de las que nos han servido en este trabajo pueden motivar una congestión; á saber: obstáculos de la circulación: inflamación de los senos de la duramadre: compresión de la vena cava superior por los ganglios brónquicos: el raquitismo del pecho: un obstáculo á la circulación abdominal. Pero veamos la terapéutica.

El Dr. Legendre hablando de la congestión cerebral de los niños dice: "y lo peor de todo es que en la mayoría de casos, es nula é insuficiente la terapéutica."

El Dr. Gaelis, al hablar de las congestiones cerebrales de los niños, asienta: "Todo lo que hemos dicho hasta aquí prueba evidentemente cuán "ineficaces son los recursos de la terapéutica para detener ó curar las con-

“gestiones encefálicas. Aún suponiendo que sea conocida la naturaleza de la enfermedad, en muchos casos las indicaciones que el práctico se propone llenar vendrían á fracasar ante la imposibilidad de satisfacerlas; necesitamos dirigir nuestra puntería al aparato nervioso mismo: él, que es el atacado, nos mostrará camino más seguro.”

Habla en seguida del tratamiento clásico, y después de recorrerlo como nadie, dice: “si fuéremos tan afortunados, como lo somos en un cinco por ciento, para ver disminuir los síntomas, etc., etc.”

Como se ve, los fundamentos en que ha descansado la terapéutica hasta aquí pretenden tener como base el diagnóstico entre la eclampsia y la congestión, y sin embargo, con excepciones muy pequeñas, en los dos casos es la misma; quizá por esto algunos autores pretenden que siempre está unida la eclampsia á la congestión, y yo que por rareza he visto congestión sin convulsiones más ó menos intensas, creo que no es lo más fácil decidir si la congestión ha precedido ó seguido al ataque convulsivo, ó si ha coincidido con él, de manera que si al hacer una autopsia me encuentro como ya he encontrado no pocas veces en el Hospital de Infancia en la ciudad de Puebla, que dirigí doce años, indicios de congestión, no podría resolver si esas lesiones eran causa ó efecto, pues creo en la eclampsia por anemia aun cuando no me dé una explicación francamente satisfactoria del hecho que en todo caso la terapéutica define perfectamente. Hemos encontrado muchas ocasiones en que no habiendo antecedentes seguros de indigestión y tratándose de un niño linfático los bromuros, la belladona y un baño tibio, han conjurado el ataque que nada tuvo de congestivo; lo mismo piensa el instruído especialista Dr. Vogel, advirtiéndome que aun así y todo, á veces siempre se sabe que la leche de la nodriza ha sido alterada por alguna alimentación inconveniente, resultando de ahí que siempre cabe la duda sobre la participación del elemento congestivo. Wets y Vogel tan solo nos hablan del tratamiento que hemos llamado clásico. No encontrando descrito este modo de tratamiento en las obras que hemos consultado, debemos plantear una regla de conducta para las aplicaciones de las corrientes inducidas en lo futuro; pero antes quiero consignar aquí lo que dije al Director del periódico médico “El Estudio” en un remitido, con motivo del tercer caso de los referidos, para que se vea que mi intento desde entonces fué estudiar debidamente estos hechos, para normar mi conducta como dije antes. Helo aquí:

“Sr. Director del *Estudio*: Acabo de tener un caso interesante, que unido á otros dos por mí observados anteriormente, constituye según creo

“fundamento bastante, para una opinión, que podrá ser negada ó confirmada, pero digna de estudio en todo caso.”

“Hace muy pocas noches fuí llamado para asistir á una niña de trece meses atacada de congestión cerebral; no hay para qué estampar aquí la descripción de un cuadro perfectamente conocido, y sólo debo añadir, por lo que toca á la seguridad del diagnóstico; la conformidad en opinión de dos respetables compañeros á la sazón presentes; y por lo que al pronóstico se refiere, que el caso era muy grave, pues que á despecho del tratamiento clásico, revulsivos y evacuantes, habíase llegado al período de la asfixia. En estas circunstancias apliqué al niño moribundo, corrientes eléctricas ascendentes y descendentes á lo largo de la columna vertebral, lomos, espalda y aun rodeando el vientre. En el acto entró el tórax en juego, y amplias inspiraciones fueron el resultado de esta manobra, cambió la facies del niño, fué desapareciendo la cianosis con bastante prisa y tres horas después el enfermito estaba fuera de peligro.

“Esta aplicación de la electricidad que por tercera vez hago con el mejor éxito, me viene á confirmar en una opinión que brevemente voy á exponer.”

“La exagerada cianosis de la cara, la alteración del pulso y la angustia respiratoria, hacen pensar desde luego que los niños eclámsicos mueren por asfixia. Cuando se llega á este extremo, los fenómenos marchan de prisa y no dejan tiempo al médico ni á la medicina. Más aún, los medios constantemente empleados, evacuantes y revulsivos, ó no producen su acción ó son insuficientes; los vomitivos suelen ser peligrosos. Si como sucede constantemente, el estómago está lleno, siendo esta la causa de la congestión cerebral, se comprende sin esfuerzo que la absorción por la superficie gástrica es nula ó poco menos. Una medicina que impide la asfixia, que por ende, al facilitar la respiración, produce el flujo sanguíneo al pecho y la depleción del cráneo; que á mayor abundamiento produce todos estos resultados instantáneamente, es una medicina fuera de todo encarecimiento. Pues me parece que esta es en pocas palabras la descripción y análisis del susodicho procedimiento, que no he visto descrito en parte alguna y cuya eficacia me parece abonada por tres éxitos, que si no lo dicen todo, por lo menos quieren decir algo.

“Una objeción desde luego se me ocurre, y no quiero ni debo hacerme desentendido de ella. La primera ocasión que apliqué la electricidad fué en un niño en quien ya había hecho uso de la medicina evacuan-  
te. La segunda y tercera, después que otros médicos habían acumulado

“los heroicos recursos del tratamiento clásico. Desde luego se ocurre preguntar. ¿No será que la evacuación del intestino y derivación circulatoria por los revulsivos, produjeron la depleción del cerebro? Contesto sin vacilar, que no. Primero, porque años atrás, en los primeros de mi práctica, y aun desde estudiante, he visto morir muchos niños, á pesar del empleo de esos recursos; segundo, porque he obtenido la disipación de los síntomas congestivos en dos de los casos (ahora son cinco) aun antes que produjeran efecto alguno los referidos recursos; tercero, y es lo notable, que la curación se efectúa de un modo visible y enteramente ligado á la aplicación de las corrientes, etc., etc.”

Esto decía yo, y se hace preciso sentar algunas bases, para la técnica de las aplicaciones de la electricidad en estos casos, mientras se estudia mejor.

Según los fisiologistas, las corrientes inducidas obran mecánicamente cambiando á cada instante el estado de polarización de los cuerpos.

Las corrientes descendentes, obran sobre los nervios motores, y las ascendentes sobre los sensitivos.

Las corrientes descendentes disminuyen la excitabilidad de los nervios que es al contrario aumentada por las corrientes ascendentes. Esto lo dice Buchard.

Legros y Onimus nos dicen:

Las corrientes descendentes aplicadas sobre la médula obran sobre los nervios motores directamente y no por acción refleja.

Las corrientes ascendentes aumentan la excitabilidad de la médula y obran sobre los nervios motores por acción refleja.

Las corrientes descendentes impiden la acción refleja, mientras que las ascendentes la exageran.

Las corrientes inducidas, dice Bonnefoy, producen una contracción lenta y permanente, un estado semitetánico de los músculos, particularmente los estriados.

Las corrientes centrífugas ó descendentes dilatan los vasos; mientras que las centrípetas ó ascendentes los estrechan. (Onimus).

Arthuis dice que estas corrientes obran sobre los nervios sensitivos provocando la dilatación de los vasos.

Agreguemos á esto que la corriente va del polo positivo al negativo, y se verá que absolutamente carecí de orden y meditación en los casos á que me he contraído. Yo he hecho aplicaciones que deben haber producido corrientes ascendentes y descendentes, ó lo que es lo mismo, centrífugas

gas y centrípetas, supuesto que tomaba los conductores indistintamente ó indistintamente los colocaba para llenar mi deseo.

Pero como las corrientes descendentes dilatan los vasos, y yo las verificaba;

Y como las corrientes ascendentes, aumentando la excitabilidad de la médula, obran sobre los nervios motores por acción refleja, y también las aplicaba así;

Y como estas mismas corrientes exageran el acto reflejo y producen una contracción de las fibras musculares más ó menos constante é intensa y yo aplicaba estas corrientes en detal sobre los músculos;

Y como inmediatamente después de la electrización, según Rabuteau, hay dilatación de los vasos y aumento de la circulación; y yó haya traducido esto en el cambio de coloración periférico de mis enfermos, que de pálidos hánse trocado en rubicundos: resulta que no puede caber duda en que hay *razones fundadas para las aplicaciones de la electricidad en la congestión cerebral de los niños, y que deben hacerse corrientes ascendentes, es decir, que el polo negativo debè aplicarse cerca de los centros nerviosos y el polo positivo hacia la periferia.*

¿El acto reflejo producido por las corrientes ascendentes influirá sobre el neumogástrico, y así sencillamente podremos explicarnos la acción más ó menos inmediata de la exoneración franca y voluntaria y aún del vómito? ¿Será debido á las electrizaciones sobre las paredes del vientre? ¿Lo será y no es descaminado al acto puramente mecánico de una respiración restituída al estado normal, después de haber estado notoriamente reducidos los movimientos fisiológicos que á ella concurren y en los que son factores importantes, los músculos del abdomen, el diafragma, etcétera.....?

Cuestiones son estas que deberá tratar más adelante, tan luego como haya consultado tanto como debe existir á propósito de las corrientes eléctricas y que entiendo que muy pocos han meditado. Quedan pues, estos apuntamientos como exposición de hechos de los cuales se deduce que deberemos estudiar con mucho detenimiento las ventajas del recurso propuesto, ya que en muchísimos casos diferentes de los expuestos, pero que mucho se relacionan entre sí, se nos han hecho conocer aplicaciones felices de las corrientes eléctricas hechas por Stokres, para las obstrucciones del intestino; por Keyhel y Kuhn y otros médicos; y por último, Num, curando úlceras atónicas por la faradización.

Entonces veremos que este agente ha prestado grandes servicios á la